EL ARTE

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

Director: D. ELADIO LEZAMA.

COLABORADORES.

Abarzuza (D. Ventura).
Alarcon (D. Pedro Antonio).
Albaladejo (D. Tomás).
Alcalá Galiano (D. José).
Alvarez (D. Miguel de los Santos).
Arnao (D. Antonio).
Arrieta (D. Emilio).
Balart (D. Federico).
Barbieri (D. Francisco Asenjo).
Benedicto (D. José).
Benitez (D. José).
Blasco (D. Eusebio).
Castro y Serrano (D. José).
Catalina (D. Manuel).
Casado del Alisal (D. José).
Céspedes (D. Dario).
Chico de Guzman (D. Ramon).
Coupigny (D. Juan).
Eslava (D. Hilarion).
Fernandez y Gonzalez (D. Manuel).
Fortuny (D. Mariano).
Fernandez Florez (D. Isidoro).
Garcia y Garcia (D. José).
Garcia Santisteban (D. Rafael).
Haes (D. Cárlos).
Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Jimenez Delgado (D. Juan J).
Jimeno Agius (D. José).
Jimeno (D. José Ildefonso)
Jimeno (D. Roman).
Liniers (D. Santiago).
Maroto (D. Eduardo).
Mélida (D. Enrique).
Mora (D. Juan de Dios).
Moran (D. Jerónimo).
Perez Cosio (D. Leandro).
Pujol (D. Juan Bautista).
Romea (D. Julian).
Sans (D. Francisco).
Sanz (D. Eulogio Florentino).
Selgas (D. José).
Serra (D. Narciso)
Trueba y Quintana (D. Antonio).
Vega (D. Ricardo de la).
Vergara (D. Mariano).

AÑO I. DOMINGO 4 DE NOVIEMBRE DE 1866. NÚM. V.

SUMARIO.

REVISTA DRAMÁTICA, por *D. Eladio Lezama*.—EL COLLAR DE PERLAS (continuacion), por *D. Santiago de Liniers*.—EL DIA DE DIFUNTOS, por *D. Bernardo Lopez Garcia*.—BIOGRAFÍAS ARTÍSTICAS, (Zarzillo, conclusion), por *D. Ramon Chico de Guzman*.—VARIEDADES.

REVISTA DRAMÁTICA.

Cualquier estranjero que leyese los anuncios de nuestros teatros, de seguro creeria que aquí, en materia de literatura, vivimos con un atraso de treinta años, al ver que en Madrid aun se representan ciertas obras, no sin fundamento podria creer que no hemos pasado de aquella época de ardientes luchas entre los melenudos y desgreñados partidarios del romanticismo, y los atildados sectarios de las unidades aristotélicas.

Cuando en todas partes se hallan arrinconados ya, en los desvanes de la literatura, los puñales, los venenos, las caretas, las linternas sordas, las llaves falsas, las háchas de los verdugos, los atahudes, y todos los cachivaches del drama sombrío y patibulario; cuando los de luenga melena y demacrada faz han echado panza y están calvos, ó se han hecho académicos; cuando el mismo Teófilo Gauthier ha dejado el chaleco de color de escarlata con que asistió á la primera representacion de *Hernani*, y se viste ya como un *bourgeois*; cuando nadie se acuerda para nada de aquellos tiempos y de aquellas cosas, nuestros teatros tienen la peregrina ocurrencia de poner en escena *El abate de L'Epée y el asesino*, *La Expiacion*, *El campanero de San Pablo* y otras novedades que hacian las delicias del público en la época de los pantalones con trabillas.

Injusticia seria atribuir únicamente al mal gusto de los directores de nuestros teatros esta exhibicion de ridículas antiguallas literarias; tampoco podemos atribuirlo á que dichas obras constituyan el repertorio de un actor, que sólo en ellas puede conseguir aplausos. Si Romea hace bien el *Valter* de *La huérfana de Bruselas*, no menos bien, y acaso mejor, desempeña otros papeles de obras de un mérito más grande y no espuesto á los caprichos de la moda.

¿Por qué, pues, aparecen de cuando en cuando en los carteles ciertos dramas, no más dignos de pasar á la posteridad que los enjendros de Zabala y de Comella?

A mi modo de ver, la respuesta es muy sencilla: esos dramas tan disparatados, tan absurdos, tienen casi siempre una cualidad que subyuga al espectador, y á veces desarma á la crítica; suelen ser interesantes. El público, en general, no va al teatro á examinar la obra como un pedante; quiere emociones, y emociones fuertes, de cualquier género que sean. Así es, que el espectador acoge con simpatías las obras que le arrancan por un momento de la prosa miserable de la existencia, hacen latir su corazon y abren salida al llanto que inunda sus mejillas.

El público no acostumbra pedir consejos á la crítica para saber si ha de conmoverse ahora ó luego; cuando rie ó cuando llora, sobre todo, cuando llora, la opinion de Aristóteles le importa un bledo.

Si el espectador se siente agitado y conmovido, muy cerca está de perdonar cualquier defecto que note en la obra. Mas como esta no le interese, en vano es que el autor derrame primores literarios á manos llenas.

Hé aquí la razon de que nuestro público, no muy al corriente de las modas literarias, acuda al teatro cuando se anuncia *La huérfana de Bruselas* y otras atrocidades por el estilo, que demuestran la impotente vanidad de los anatemas de la crítica.

Me he detenido en esto algo más de lo que es razon, porque considero importante hacer ver en qué consiste

© Biblioteca Nacional de España

el prestigio que las producciones del teatro frances ejercen en nuestro público.

Sea ignorancia, desden ó impotencia, nuestros autores dramáticos rara vez aciertan á dar á sus obras ese interés que es la mejor garantía de buen éxito en el teatro. Asi es que sus obras, dignas de alabanza por muchos títulos, no logran, ni con mucho, el aplauso que ciertas producciones francesas, execrables bajo el punto de vista literario.

Véase sino lo que ha sucedido con el drama del señor Hurtado, representado en Jovellanos. *Sueños y realidades*, es una obra en la que hay mucho que elogiar sin restriccion, y mucho que mereceria elogios á ser otro el que lo hubiese escrito. El autor del *Toison roto*, no debe nunca contar con la indulgencia de la crítica. El público ha adquirido el derecho de pedirle mucho.

La última obra del Sr. Hurtado está perfecmente versificada; abunda en rasgos poéticos, y tiene algunos caractéres muy bien trazados; si se tratara de un poeta más necesitado de reputacion, aun podria darse más amplitud á la alabanza.

Sin embargo, *Sueños y realidades* no ha satisfecho al público ni á la crítica. Entre otros defectos graves, carece de interés, falta imperdonable en el teatro.

El espectador, trasportado desde el principio á una region sobrenatural, no puede concebir ningun temor por unos séres que aparecen destinados por la Providencia á la realizacion de ciertos fines, y que con sus sueños proféticos iluminan las misteriosas regiones de lo futuro. No se ha ocultado al autor el poco interés que inspiran Isabel y Fernando, cuya vida se halla asegurada, tanto por la historia, como por el mismo drama; para remediar tamaño inconveniente, al lado de esos dos personajes, que se entretienen en soñar á duo el descubrimiento de América, mucho antes de que Colon viniera á España, el autor ha puesto otras dos figuras, doña Mencía y Juan Vivero, tipos más humanos, y por consiguiente, más simpáticos; pero en los que tampoco se ve esa variedad de afectos, y esa lucha de pasiones, fuente inagotable de las situaciones dramáticas que provocan el interés y la ansiedad del público. El venenoso marqués de Villena, es un traidor completamente adocenado. A mi juicio la mejor figura del drama es la del capitan Marchena.

Si á esto agregamos que en la obra hay una mezcla de misticismo y bribonadas, rasgos poéticos y prosaicas vulgaridades, trozos de un lirismo empinado y recursos de un realismo grosero, se comprenderá que *Sueños y realidades* es una cosa entreverada de trajedia y melodrama; un revuelto del *Trapero de Madrid* y la *Atalia*.

Con todo, no temo repetir que esta obra, tal como es, hubiera honrado á otro poeta. Todo lo que hay en ella de noble y elevado, y que parece estar comprendido en la primera mitad del título, es muy bueno; lo malo es ese realismo de disfraces, pasadizos ocultos, campanas, venenos, tajos y verdugos.

La ejecucion de la obra ha sido esmeradísima. Todos los actores han rivalizado en el buen desempeño de sus papeles y en el lujo y propiedad de sus trajes y armaduras. No pudiendo felicitar á ninguno de ellos en particular, doy el parabien al Sr. Catalina, como director de escena, por el acierto, el buen gusto y la riqueza con que se ha representado este drama.

Si los actores de Jovellanos le obligan á uno á que en justicia les dé alabanzas, aun hay otros artistas más ambiciosos: el Sr. Morales, que ya goza de una envidiable reputacion como actor, ha querido ceñirse otra corona. Este jóven y simpático actor ha escrito una obra que, con el título de *Misterios de la calle de Toledo*, ha sido representada con muy buen éxito en el teatro de Novedades. El público aplaudió repetidas veces la obra, que fué muy bien desempeñada, y llamó al autor y á los actores á la escena.

Lástima es que una de esas cosas que con frecuencia pasan en el teatro de la calle de Toledo, y que no son, por cierto, misterios para nadie, haya privado al señor Morales de recoger la cosecha de aplausos que con motivo podia esperar de su obra.

El Sr. Morales, actor, quiere hacerse poeta; está en su derecho y lo encuentro muy natural. El Sr. Zorrilla, que *era* poeta quiere hacerse cómico; tambien está en su derecho, pero ya no me parece tan natural la cosa.

Porque... no crean ustedes que se trata de un Zorrilla cualquiera, pues cualquiera puede llamarse Zorrilla, y aun hacer versos si se empeña ó tiene novia; no, señores, aqui se habla de D. José Zorrilla, del autor de *Margarita la tornera*, *El capitan Montoya*, *Granada* y otras mil composiciones que todo español ha leido, so pena de no valer para cabo furriel ó de no haber tenido nunca veinte años.

Pues bien, este mismo poeta, que ha encantado nuestra juventud con las espléndidas creaciones de su fecunda fantasía; este poeta que ha dado una forma tan bella y tan poética á nuestras leyendas populares; este poeta que parece pertenecer á otra época por lo bien que espresa los sentimientos, las aspiraciones, las creencias de los siglos que pasaron; este poeta que parecia haber puesto algo de su alma en el tipo eterno de sus obras, en ese galan enamorado, altivo, valiente y pendenciero, que con tanta gallardía lleva el sombrero con pluma sobre la oreja, el embozo hasta los ojos y la capa levantada por detrás con la punta de la espada, este mismo poeta,—¡pásmense ustedes!—se nos aparece despues de larga ausencia, en el escenario del Príncipe, vestido de frac y dispuesto á hacer yo no sé qué floreos y habilidades.

Yo al pronto, me imaginé que iba á ver juegos de manos; el gran poeta me recordó á Bosco y á M. Hermann.

Vamos, les digo á ustedes que era cosa de pegarse un tiro.

¿Qué se queda ya para Alejandro Dumas?

Y despues de todo, si Zorrilla se hubiese limitado á leer sus versos, vaya en gracia, pues al fin y al cabo las poesías que lee son admirables y hubiesen agradado á todo el mundo á despecho de ese acentillo mitad habanero y mitad frances que de sus viajes ha traido. Pero, ¿y aquellas pesadísimas escenas, y aquellos interminables diálogos con que tan poco modestamente se anuncia el poeta, y que le sirven de arco triunfal para hacer su salida al escenario?

© Biblioteca Nacional de España

¿Cómo no se le ha ocurrido á Zorrilla que toda aquella fantástica personificacian de las flores disuena horriblemente en medio del realismo prosáico del saloncillo de un teatro? ¿Cómo no ha pensado que aquella poética figura de la *Sensitiva*, mitad flor, mitad mujer, debe padecer más con los chistes poco delicados y nada ingeniosos de que es víctima, que con el humo de la tagarnina de Romea?

No quiero insistir sobre este punto, ni hacer notar el mal efecto que producen doña Cármen Berrobianco haciendo de doña Cármen Berrobianco, y D. Julian Romea representando el papel de D. Julian Romea; *El cuento de las flores*, es una tentativa que ha tenido mal éxito, y que nadie imitará; poco se pierde. Lo sensible y doloroso en este caso, es que la personalidad sagrada é inviolable del poeta haya sido espuesta á las burlas del público, que por fortuna ha dado una gran prueba de esquisito tacto, nobleza y dignidad, no demostrando de un modo ostensible la impresion que el espectáculo le producia. A esto se debe que no haya tenido que doblarse bajo el peso de una reprobacion marcada y general, la frente cargada de laureles de un gran poeta.

ELADIO LEZAMA.

EL COLLAR DE PERLAS,

CUENTO INVEROSIMIL

POR D. SANTIAGO DE LINIERS.

Continuacion.

VIII.

Habia, sin embargo, en el gran libro de los destinos humanos escrita una partida de *debe*, en contra de la familia de D. Cosme, á cuyo completo pago se veia compelida y obligada, no obstante el plazo que acababa de satisfacer.

Dejando á un lado imágenes mercantiles, diré que aun no habian terminado los sufrimientos de esta familia; ó más claro, que aun les faltaba el rabo por desollar, y aquí vuelvo á rogar á mis lectores me dispensen el continuado empleo de metáforas más ó menos orientales, con que ilustro el sencillo relato de esta inverosímil historia.

Con efecto, á un proyecto se contesta con una embozada negativa; á una carta se responde con otra; los asuntos más difíciles se llevan á feliz término por escrito, y no hay tratado ni negociacion, por árdua y espinosa que sea, á que no se dé cima, tratándola despacio y con pulso por medio de una correspondencia hábil y cautamente sostenida.

Lo difícil, lo aventurado, lo peligroso, es hallarse frente á frente con el enemigo que de léjos tratábamos con igualdad y hasta con superioridad en fuerzas, y de cerca nos coge desprevenido, nos domina y nos vence; lo grave es luchar con un adversario que viene de refresco y que, sin ambajes ni rodeos, quiere respuestas precisas y contestaciones categóricas, y esto, ni más ni menos, es lo que estaba para suceder al atribulado D. Cosme.

Cuando ya habia renunciado al proyecto de casamiento de su hija; cuando empezaba á recoger en paz y tranquilidad el fruto de su condescendencia; cuando, á trueque de poder prolongar el disfrute de estos beneficios, se habia conformado con la idea de continuar siendo empleado toda su vida, héte aquí que una carta de aquel hermano que á toda costa se empeñaba en emparentar nuevamente con él, vino á arrancarle tan gratas como infundadas ilusiones.

D. Cosme era honrado, no comprendia el crímen, y si le creia era porque *La Correspondencia* aseguraba todos los dias, con detalles y minuciosas circunstancias, que en tal ó cual pueblo de la monarquía se habia cometido uno más ó menos horrible, y sin embargo, cuando recibió esta segunda carta de su hermano, y al pensar las nuevas complicaciones que le esperaban, negras y terribles ideas cruzaron por su mente, dando torva y feroz espresion á su siempre mansa y tranquila mirada.

La cosa, fuerza es confesarlo, urgía; y una carta concebida en los términos que van á ver ustedes despues, no era estraño que siquiera por un momento hiciera vacilar á D. Cosme en el virtuoso sendero que hasta entonces habia seguido.

Hé aquí este documento:

«Hermano.—Las cosas claras y el chocolate oscu»ro: hace dos meses te escribí y no me has contesta»do. ¿No le gusto á la niña? El que calla, otorga. Esto »me aburre, y me voy á esa; llegaré mañana.

»Cuento con la boda. Tu hermano que te quiere.— »*Pascasio*.

»P. D.—Al mismo tiempo que la carta, remito con »un amigo unas chucherías para mi novia; á Dios ro»gando y con el mazo dando.»

No eres tú mala maza de Fraga, pensaba el bueno de D. Cosme; ¡válgame Dios! ¿y cómo voy yo con este escopetazo á Irene y á Brígida? ¡Buena se va á armar! ¿Y de dónde escribe ese condenado? añadia dando vueltas á la carta y sin poder descubrir fecha ni rastro que le permitiese averiguar dónde se encontraba á la sazon su hermano: nada, no la ha puesto el maldito, murmuraba. Cásese usted, continuaba, cásese usted y tenga hijas que se enamoren de alumnos de Administracion militar, y mujeres que se lo consientan, y por contera hermanos que se empeñan en hacerle á uno feliz contra su voluntad, y él ¿qué pierde? nada; cria uno una hija y se descrisma para educarla, y gasta uno en moños la mitad de lo que gana, para que venga un hermano con sus manos lavadas, y le haga á uno salir de sus casillas y ser corredor de sus caprichos, y él se quedará tan tranquilo; pero uno, uno que tiene que atender á todo, y regañar con todos, y convencerlos, y trabajar como un negro... ¡Maldita ocurrencia! ¡y maldita boda, y maldito...!

Yo no sé hasta dónde hubiesen llegado las maldiciones de D. Cosme si, cuando más engolfado se encontraba en ellas, no hubiese sonado la campanilla,

© Biblioteca Nacional de España

y al poco tiempo penetrado en su cuarto la criada, moza alcarreña, vivaracha y entrometida, tercera en los amores de Irene y Fernando, y habladora como ella misma.

—Señor, señor.

—¿Qué? contestó muy incomodado D. Cosme, no hay nadie en casa.

—Pero, señor...

—Lo dicho.

—Si no es nadie de cumplido, señor, más que un mozo que trae un encargo del señor...

—Yo no he encargado nada.

—Es que dice que es para casa, y como trae las señas, y como viene con la carga el pobre que le cae cada gota que da pena... como hace *una calor*... y como no trae contestacion...

—Bueno, mujer, bueno, ¿y qué?

—Y como venia cargao.

—Tú sí que me estás cargando, debió pensar para sus adentros D. Cosme; pero por no alargar la conversacion, ó tal vez porque el estado de su ánimo no le permitiese formular esta oportuna réplica, se contentó con decir:

—Vamos, concluye.

—Y que... vamos, lo ha dejado en la antesala.

—¿Pero el qué?

—Pues, el baul, señor, el baul.

—¿Pero qué baul, mujer?

—Pues... el baul que traia á cuestas, y que debia pesar bien, porque es de esos grandes. Diga usted, señor, ¿vamos de viaje?

—Qué viaje ni qué demonios. ¿Dónde está eso?

—En la cocina.

—¿El baul?

—No, señor, el mozo que lo ha traido, que como venia con aquella carga que le hacia sudar al pobre... le he dicho que descanse un rato; y diga usted, señor, ¿no sabe nada la señorita del viaje? ¡ay! pues si lo sabe el señorito Fernando, contento se va á poner: á mí me gustan mucho los viajes, como que mi padre es arriero; ya ve usted, y lo que dice mi madre: viajando se aprende, y cuando fui con los otros señores á Castro-Erdiales... Toma, pues se ha marchao, añade mirando al sitio donde estaba su amo, señor; pero ¿por dónde se ha ido? Señor, señor. . . . . .

. . . . . .

D. Cosme, tal vez por la primera vez en su vida, no ha seguido la conversacion con la criada, ni la ha corregido las faltas de pronunciacion: apenas oyó lo del mozo, y esperando sacar de él alguna luz acerca del paradero de su hermano, y viendo que era tan imposible detener en su comenzado discurso á la criada, como enmendar las incorrecciones de su diccion, abrió la puerta de la alcoba, salió por un *escape* á la antesala, que casi entera estaba ocupada por el misterioso cofre, y sin detenerse más que el tiempo necesario para hacerse cruces por la estraordinaria magnitud de aquel mueble, entró en la cocina decidido á arrancar al mozo de cordel el secreto del enigma; pero ¡cuál no seria su sorpresa, cuando en lugar del corpulento astur, á quien ya se le habia figurado sentado en un taburete, inclinado hácia adelante, con el sombrero de *carga* en una mano, y enjugándose con el anverso del otro brazo el sudor de su redondo y rubicundo rostro, sólo vió en el mencionado taburete al gato que, como de costumbre, al verle se irguió sobre sus patas haciendo describir á su flexible espinazo una graciosa curva, y acompañando este cariñoso movimiento con un espresivo mallido que resonó en los oidos de D. Cosme como una insolente y sarcástica burla!

(Se continuará.)

EL DIA DE DIFUNTOS.

CANTO.

I.

¡Silencio....! las campanas.....
¡Ay del hombre mortal! ¡Ay del doliente....!
De la noche en el seno
Sin pena dormirá sueño tirano.
Y su entusiasmo ardiente,
Como lienzo fecundo
Que borra el tiempo con impura mano,
Se borrará del mundo....!
¡Ah! ¡En el solemne dia
En que los muertos abren sus ciudades,
Vacila la razon! ¡Sombras humanas.....
¡Ilusion del placer....! ¡Santo delirio
De un amor inmortal! ¡Glorias del arte....!
Volad lejos de aquí; todo termina
Al borde del sepulcro; loco empeño
Formará de la vida la quimera,
Por dejar una flor, una siquiera
Sobre la leve realidad de un sueño.
Mentira es el placer; mentira el fuerte
Alto destino de la gloria humana,
Mentira la ilusion; verdad la muerte....!
. . . . . .
¡Torpe dolor....! ¡Estéril amargura!
¿Por qué prensar al corazon que llora
Del hombre la continua desventura?
Sorda la tierra al ruego
Mata la forma; despedaza fiera
La belleza del mundo sin sosiego;
Agentes de su cólera indomable
Son las materias que en tropel inmundo
La cruzan por doquier; su boca impura
Las tumbas nobles, míseras, ó estrañas,
Que amenazando al ánima oprimida,
Esperan los escombros de la vida
Para nutrir con ellos sus entrañas.
El lábio delicado;
La azul pupila inquieta;
El pecho de la hermosa, altar sagrado
Donde ofició el amor; la del poeta
Libre cabeza que con noble anhelo
Sintió latir la inspiracion gloriosa,
Y se alzó poderosa
Colon del arte á descubrir el cielo,

© Biblioteca Nacional de España

Todo termina aquí; la madre tierra,
¡Ay! es la sola madre
Sin entraña de amor; en vano un dia
La cubrirá la primavera ufana
De flores y armonía.
En vano sus verdores
Dará á los prados, á las huertas frutos,
Purísimos colores
Al pálido rosal; en vano, en vano,
Dará gentil rumor á la corriente
Y aroma y luz al céfiro liviano;
Al pié de esa belleza
Vive la destruccion; sordo usurero,
La tierra mata si á vivir empieza;
Asienta en los despojos
Su esfuerzo colosal, traga, devora,
Y cuando altiva en su poder se engrie,
Hipócrita y traidora
Con jugo de sus víctimas sonrie....!
Y la muerte tambien; ¿Quién ha parado
Su carrera triunfal? sobre ruinas
La vé el presente y la miró el pasado;
El inútil dolor no la contiene;
Atleta destructor, fiel mensagero
Con porte á las orillas del profundo,
Continuamente se retira ó viene
Secos sus ojos al dolor del mundo.....
En lucha con la vida
Trabaja sin cesar; el universo
Es su circo jigante, espectadores
De sus rudas hazañas
Los que esperan morir; ¡madres, hermanos....!
No busqueis la piedad en sus entrañas
Ni tendais á sus huesos vuestras manos;
Esqueleto fatal, forma sin vida,
No escucha vuestra mísera tarea;
Y si llora la madre al hijo bueno,
Arrancando el cadáver de su seno,
El charco de sus lágrimas vada....!

II.

Mas ¿Por qué ese dolor? En otros dias,
Cuando el viento oreaba
La sangre de Jesús; cuando el Calbario
Recordando divinas agonías,
Bajo la sombra de la cruz temblaba,
Yo ví al circo romano
Arcada colosal, timbre del arte,
Vacilar en su altiva pesadumbre
Al peso impuro del furor pagano.
Miré á la muchedumbre
Ebria de sangre; percibí en la altura
Bajo el arco del César, al soberbio
Pontífice y señor, símbolo vivo
De aquel pueblo sin fé; lo ví arrogante
Sobre varas de lictores altivo,
Despreciar á las turbas, y opulento
Tender el cetro que aun al orbe doma,
Sobre el circo sangriento.
De la materia altar, templo de Roma,
Patíbulo brutal del pensamiento.....
Ví á la señal terrible
La arena retemblar; miré la puerta
Moverse, vacilar, girar incierta.
Y percibí espantada
La bárbara armonía
Que en el espacio ardiente se enlazaba,
Del tigre que á las turbas saludaba,
Y del pueblo que al tigre respondia.
Y..... allí, sola..... en el seno
De la plebe romana,
Alta la frente, el corazon sereno,
La túnica cristiana
Sobre el hombro robusto, y en los brazos
La imágen de Jesús, noble y tranquila
Miré á la fé; su santa cabellera
Flotaba al aire vagarosa y pura
Cual si el ála del ángel la moviera;
Asidos á su blanca vestidura,
Los mártires cristianos
¡Salém! gritaban en pujante coro,
Esperando el dulcísimo tesoro
Con la oliva de amor entre las manos:
Y las turbas hirvientes
Cantaban y rugian;
Y Neron ostentando la corona
De pontífice y Dios, la alta cabeza
Levantaba en el circo; y vacilaba
La columnata ruda
Del vasto coliseo
Al contínuo aplaudir; y en tanto humilde
Escitando del pueblo el ánsia fiera,
La vírgen del Señor se arrodillaba;
Se enclavaba en la cruz con alma entera;
Y su pecho divino
Que la fiera mordia,
Palpitaba de amor, moviendo el lino
Que sus formas castísimas cubria.
¡Cuadro consolador! ¡Lienzo sublime....!
Detén fantasma impio
De la duda fatal tu voz potente;
Ya el espíritu gime
Con tranquilo dolor, y el alma inquieta
Rompiendo la terrena vestidura
Se alza á Jesús con incansable vuelo;
Desgarra la materia, al dolor doma,
Y arrollando á Palmira y á Sodoma
Torna á Jerusalen, remonta el cielo.
La fé vuelve á lucir; su luz me ayuda;
¡Vírgenes del Señor, santos atletas
Columnas de la cruz! ¡Dulces cantores!
¡Indómitos profetas
Cuyos plectros de oro
Templó en sus manos Dios! ¡Legisladores
Que disteis vuestras leyes
Al pueblo ungido que cruzó el desierto
Nutriendo con ilótas y con reyes
La estirpe de David....! ¡Arpas sonoras
De Daniel é Isaias....!
¡Màrtires sobrehumanos
Que hicisteis agitando las enseñas

© Biblioteca Nacional de España

De destinos fecundos,
Rodar los muros, palpitar las peñas,
Temblar las aras y oscilar los mundos...
¡Sustentad ya mi fé..... que yo la mire
Romper en las conciencias
De la duda los bárbaros altares,
Y asentar en fortísimos pilares
La santa catedral de las creencias.....
¡Que mi espíritu ciego
En claridad gloriosa se ilumine.....
Que vacile la sombra al claro fuego
Timbre de la verdad....! que monte y rio
Depongan su grandeza
Del amor al inmenso poderio....!
¡Que la luz inmortal deje su rayo
Sobre la niebla inerte...!
¡Que la divina idea
Domine al universo.. .! ¡Que la muerte
Tabór glorioso de los hombres sea....!

III.

¿Qué es la materia ya? Con fé y sin pena
La destruccion admiro;
Pasto seré de su brutal faena,
y por morir suspiro....!
Ni espigas ni colores
Nutrirá con mi fé; del amor santo
No brotarán ni liquenes ni flores....!
Altivo en mi poder, ya la contemplo
Romper la forma con augusta calma;
¡El sepulcro es el templo
De donde nace el alma....!
¿Y la muerte que es ya? Madre amorosa,
Arca de libertad, fiel peregrino
De la Canaán dichosa
Donde la vid purísima cargada
De racimos de amor, mece su tallo
De Dios enamorada;
Mensagera del bien; pórtico augusto
De la eterna region; titan sombrío
De atlético poder, que audaz vadea
El piélago insondable
Que hay entre Dios y el hombre; dulce aurora
De paz y de alegría;
Límite del dolor que nos devora;
Mañana del saber; puerta del dia.
. . . . . .
Pequeño el mundo, dilatado el cielo,
Infinito el amor que tras la tumba
Sube al Eterno con potente vuelo,
La muerte no es verdad; en otras horas
Sus fúnebres regiones
Decoraba el dolor; la negra duda
Cruzaba sin piedad los panteones,
Y con fatal violencia
Las lágrimas del mundo
Rebosando sin dique en la conciencia
Ocultaban á Dios; mas desde el dia
En que la cruz triunfal sobre los hombros
De la colina agreste abrió sus brazos
Por montes y por mares
Trasformando en pirámides de escombros
Los ídolos de Roma y sus altares,
El dolor tiene fin; la tumba es foco
De claridad divina; Dios al yugo
De la muerte cedió; sufrió su imperio,
La aceptó por verdugo;
Mas al alzarse del Eterno y fuerte
Sobre el cadáver santo,
Para consuelo del amor y el llanto
Enclavada en la cruz murió la muerte....!

IV.

Dejad que las campanas
Repitan su cancion; ¡niños, ancianos,
Huérfanos sin hogar, madres dolientes
Que del dolor en las terribles sañas
Con lágrimas sin fin llorais al hijo
Que tuvo por altar vuestras entrañas;
Empezad la oracion; ese sonoro
Rumor triste del bronce; esa armonía
Forma sentida del mundano lloro;
Ese gemido que el espacio llena,
Y á Dios el eco de los mundos lanza,
No es acento de duda ó de rencores;
Que si llora en su voz nuestros dolores
Acompaña tambien nuestra esperanza....!

BERNARDO LOPEZ GARCÍA.

BIOGRAFÍAS ARTÍSTICAS.

ZARZILLO.

Si este profesor hubiera vivido en el siglo XVI, sería igual á los grandes maestros de aquel tiempo; pero nació en el peor que tuvo España para la escultura, y en una ciudad en que no habia modelos que imitar ni maestros que enseñasen.
(CEAN BERMUDEZ, *Diccionario de Bellas Artes*.)

(CONCLUSION).

La oracion el Huerto. Tiene cinco figuras, y es para nosotros l mejor obra de Zarzillo.

La espresio de Jesucristo revela una amargura suprema; pero al mismo tiempo una infinita resignacion; parece que a á salir de sus lábios la dolorosa queja al supremo Hacedor. La figura está arrodillada, pero recostándos ligeramente en los brazos del ángel; los apóstoles están dormidos; el ángel está de pié; el conjunto tine un tinte de tristeza y de misticismo sublime que embarga el corazon; nadie puede mirarlo sin sentirse arrastrado á la contemplacion del misterio que reprsenta. San Pedro tiene la cabeza apoyada en el brao, y duerme con el sueño tranquilo de la vejez; por baó de sus vestiduras asoman desnudos sus piés, que sn la admiracion de los inteligentes: Santiago, recostao tambien, parece presa de un sueño de plomo fatigoso y violento: San Juan, completamente tendido, duer-

© Biblioteca Nacional de España

me con ese sueño reposado de la tranquilidad y la inocencia: ¡nada más fresco que la juvenil cabeza del apóstol favorito! Todas las figuras dormidas están arrojadas con admirable soltura y sorprendente naturalidad; á pesar de sus difíciles posiciones, no se descubre en ellas ni un pliegue, ni un detalle que no sea de indispensable verdad.

El ángel es la obra maestra de Zarzillo; aunque desnudo, tiene en todas sus carnes una dulzura, y una trasparencia, que al tocarlo, parece que va á sentirse el tibio calor de la vida y el tacto suave de la piel. Su espresion es indefinible; hay en ella algo de sobrehumano que no se puede describir; su dolor tiene un no sé qué de divino que escapa á los estrechos límites de la inteligencia del hombre; su magestad tiene un no se qué de sobre natural que aquí no puede concebirse, que está más allá de nuestra vista, más allá de esa esfera azulada que es techo del mundo, pero alfombra de Dios.

Lord Wellington, á su paso por Murcia, ofreció por ese ángel dos millones para el culto del santuario, y una copia hecha por el escultor que se designase. ¡Cómo debió temblar allí, en su tumba, la sombra de Zarzillo! La oferta fué rechazada, porque los españoles podrán despreciar sus obras, pero no las saben vender.

La Caida. El último que hizo Zarzillo; postrero y brillante destello de su génio; es tambien su más elocuente manifestacion: tiene cinco figuras; la de Jesucristo es de primer órden; nadie sin verla puede figurarse la sublime espresion de su mirada; nadie sin verla puede figurarse aquella profunda amargura y aquella inmensa resignacion. Las demas figuras son tambien notabilísimas: la del Cirineo, espresa la compasion, y su fisonomía brusca está impregnada de dulzura. Hay en este paso un sayon rúbio, delgado y pálido, cuya musculatura, lejos de estar forzada, manifiesta más bien debilidad; en cambio su rostro enjuto y anguloso, y la espresion fria y rabiosa de su mirada, revela la más refinada y cobarde maldad. Tiene en la mano unos clavos coronados de puntas de hierro, y se prepara á herir con ellos al Salvador; al ver su brazo levantado, no puede menos de sentirse frio el corazon.

Una figura completamente de detalle, pero de un mérito estraordinario, es la de Lonjinos: está mirando al Redentor caido, y su espresion vacila entre una fria curiosidad y una tibia conmiseracion. Esos efectos dudosos, pero buscados, son una de las grandes dificultades del arte; las pasiones intermedias, son el escollo de la escultura; con rectas y curvas convencionales, con actitudes académicas, se pueden espresar, bien ó mal, ciertas ideas que la exageracion misma hace poderosamente resaltar; lo costoso es manifestar esos sentimientos complejos, fases sencillas y vulgares de la vida real, que son al arte de Zarzillo lo que al arte dramático, *la difícil facilidad* de Moratin.

Muy á pesar nuestro, nos es imposible continuar haciendo un detallado análisis de las obras de Zarzillo, siquiera fuese de las más notables, pues estas son tantas y tan dignas de atencion detenida, que iríamos en tan agradable tarea, mucho más lejos de los límites impuestos en este trabajo; ya hemos dicho que el número total asciende á la asombrosa cifra de 1,792; que se hallan repartidas en las diferentes iglesias de las ciudades de Murcia, Cartajena y Albacete, y en la villas de Ñora, Bares, Chinchilla, Villena, Yecla, Alhama, Monteagudo, Totana, Jumilla, Albudeite, Mula, Peñas de San Pedro, Almazarron, Sax, Algezares, Alberca, Hera Alta, Fuente Alamo y en el eremitorio de Nuestra Señora de la Luz. En poder de particulares existen tambien muchas; la marquesa de Corvera, posee una magnífica y numerosa coleccion de figuras de nacimiento; hay un niño en la cuna, de dos pulgadas de largo, que es una perla artística; diferentes grupos muy notables, que representan la degollacion de los inocentes, y una porcion de pastorcillos sonrosados y frescos, que parecen tipos arrancados de los cuadritos de Watean.

Larga y laboriosa vida era menester para dar cima á tamaña empresa, sembrando de joyas del arte una de las provincias más estensas y populosas de España; atencion detenida, estudio incesante, trabajo sin tregua necesitaba el hombre que habia de formar de su mano la coleccion más numerosa, más variada y más rica que ha salido nunca del buril de un estatuario; ya hace mucho tiempo que ha muerto, y todavia no ha merecido Zarzillo el premio de tantos desvelos y trabajos; el soplo de la fama no ha levantado un recuerdo más allá del rincon de alguna que otra biblioteca, ni conocen su nombre más que algunos eruditos ó anticuarios. Sólo los hijos de Murcia guardan con respeto ese nombre, y con veneracion ese recuerdo, sólo ellos no lo han olvidado.

Era Zarzillo, segun las noticias que de él se conservan y los datos biográficos que da Cean Bermudez en su *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de Bellas Artes de España*, un hombre modesto, de costumbres sencillas, de vida ejemplar; modelo de hijos de familia, recogió á su madre y hermanos menores, dándoles carrera y enseñándoles su arte; no quiso ir á Roma, á pesar de sus vivísimos deseos, por no abandonar los cuidados de su casa; por esta misma razon, y *por el cariño que le inspiraban sus paisanos*, dice Cean Bermudez, rehusó venir á Madrid á modelar las estátuas de los *reyes de piedra que se hicieron para colocar* en la techumbre del Palacio de Oriente, y lo rehusó á pesar de las grandes ventajas pecuniarias que se se le ofrecian, y á pesar de ser llamado por el mismo rey, á cuya noticia habia llegado el esplendor de su fama y el ruido de su mérito.

Mucho amor debia tener Zarzillo á su familia, y mucho cariño á los murcianos, cuando rechazó tan brillantes seducciones, cuando no vaciló en encerrar en tan estrecho recinto, no ya su ambicion de hombre, sino su gloria de escultor; pero así fué, su único deseo consistió en inspirar á sus conciudadanos el sentimiento artístico que le animaba; fundó al efecto una Academia de Bellas Artes, y á su estudio concurria lo más florido é importante de la ciudad, sin embargo, no dejó más que dos discípulos, D. José Lopez, natural de Caravaca, donde se estableció, y D. Roque Lopez, que residió en Murcia, y terminó el paso del Señor de los Azotes, que Zarzillo dejó comenzado.

Nada, sin embargo, hicieron éstos de notable que

© Biblioteca Nacional de España

haya llegado al menos á nuestra noticia; para ser escultor en la época en que lo fué Zarzillo, no bastaba la laboriosidad, era necesario que Dios bajase á tocar la frente del artista.

El año 1781 murió D. Francisco, á la edad de setenta y cuatro años, bajando al sepulcro rodeado del cariño de todos cuantos trataron al hombre, de la admiracion de todos los que conocieron al escultor; el sentimiento en la provincia fué general; el dolor fué sincero; el entierro tuvo lugar con gran solemnidad y pompa depositando su curpo en el convento de Capuchinas de la ciudad. No sabemos lo que se escribió sobre su losa; pero si España hubiera podido conocerse y conocerle debió escribir: «AQUÍ *yace el último escultor.*»

RAMON CHICO DE GUZMAN.

VARIEDADES.

La abundancia de materiales nos impidió hablar en nuestro número anterior de un concierto con que obsequió á sus amigos el distinguido pintor Sr. Gonzalvo. Hoy reparamos una falta involuntaria, consagrando estos renglones á manifestar nuestro reconocimiento al dueño de la casa que nos proporcionó la ocasion de oir y aplaudir una vez más á artistas tan notables como los Sres. Monasterio, Pujol y Algarra, que tomaron parte en el concierto.

Nada tenemos que decir sobre el Sr. Monasterio, sino que tocó como él sólo sabe tocar. En una reputacion como la de este artista, que pasa, con razon, como el primer violinista de España, nada pueden hacer nuestros elogios: sólo sentimos no poder espresar la impresion que en el estudio del Sr. Gonzalvo sentimos al oir las varias piezas que tocó el Sr. Monasterio, y especialmente una, compuesta por él, titulada *Recuerdos de la Alhambra.*

Tampoco el Sr. Pujol necesita de nuestras alabanzas para que todo el mundo sepa que es uno de nuestros primeros pianistas. Su reputacion se halla tan sólidamente cimentada, que nadie se sorprenderá cuando digamos que ejecutó en el piano varias fantasías compuestas por él, cuya correcta y brillante ejecucion fué estrepitosamente aplaudida.

Tambien el Sr. Algarra fué muy aplaudido en las piezas que cantó, acompañado al piano por los señores Pujol y Monasterio.

La concurrencia, compuesta casi en su totalidad de escritores y artistas, se retiró muy complacida, y deseando que se repitan con frecuencia reuniones como esta que el Sr. Gonzalvo dio á sus amigos.

***

—Es un ángel mi Lucía—
dice Juan de su mujer;
y razon tiene á fé mia,
un *ángel* es Lucifer.

***

En el teatro de la Zarzuela se va á poner en escena *El nuevo D. Juan*, del Sr. Ayala.

En esta obra, que no se ha representado en Madrid desde hace algunos años, ha introducido el autor notables variaciones.

***

Parece que en breve va á ser presentado á la censura un drama histórico, en cinco actos y en prosa, original de un distinguido abogado del Ilustre colegio de esta corte, titulado *Doña Blanca de Navarra*, de cuyo mérito literario y exactitud histórica nos han hecho los más pomposos elogios. Acompañamos al autor en su sentimiento.

***

Se asegura que la empresa del teatro de Novedades está organizando una nueva compañía de declamacion, que será dirigida por el gracioso D. Mariano Fernandez.

Dudamos que en este nuevo cuadro de compañía figure un primer actor de las condiciones del Sr. Mata.

***

La compañía dramática que dirije el Sr. Catalina está ya estudiando, y estrenará en breve una comedia, original de D. Manuel Breton de los Herreros, titulada *Los sentidos corporales.*

***

Acaba de publicarse, y figura en los escaparates de las principales librerías de esta corte, el nuevo libro del Sr. D. José Selgas y Carrasco, titulado *El Libro de memorias.* Para los amantes de la verdadera literatura, la aparicion de cualquier produccion del Sr. Selgas, es siempre un fausto acontecimiento. No era necesario, sin embargo, este libro de memorias para que el público conservase gratísimos recuerdos de su autor.

***

Cuando terminen las representaciones del aplaudido drama *Sueños y realidades*, se pondrá en escena en el teatro de Jovellanos la obra de los Sres. Hurtado y Nuñez de Arce, titulada *Herir en la sombra.*

Por todo lo no firmado, JOSÉ TEULON.

EL ARTE.

PRECIO DE SUSCRICION.

Madrid, un mes.	4 reales.
Id., trimestre.	10
Provincias, trimestre. . . .	12
Estranjero, trimestre. . . .	16
Ultramar, semestre.	2 ½ pesos.

Redaccion y Administracion, Santa Catalina, 12.

EDITOR RESPONSABLE: ELADIO LEZAMA.

MADRID, 1866:

Imprenta de J. Fernandez y compañía, Santa Catalina, 12.

© Biblioteca Nacional de España